

LA DIGNIDAD DEL ESCRITOR EN ALFONSO REYES

En tiempos a los que el grande historiador latino podía estampar de nuevo las palabras con que ha de poner de manifiesto la época de Julio Agrícola, bien estará permanecer fiel a la vida en la libertad y en el estudio, y decir ante cuantos nos rodean de unos seres ennoblecidos por la pasión más pura del escritor.

América nos ofrece la ejemplaridad de vidas perilustres, pero de unas vidas que no sólo nos son muy caras por ser tan gloriosas en las letras, sino que también por la altura moral con que han sabido situarse insobornablemente dando lección acabada de una dignidad que los ennoblece.

En tiempos de grandes perturbaciones y de olvidos muy fáciles de deberes sagrados, cuando la fuerza del poder quiebra todas las otras fuerzas; y más aún, exige de las del espíritu no sólo pleitesía, si que también servidumbre, retempla el ánimo y esclarece todas las mentes la actitud de los más altos espíritus que dan un ejemplo edificante y niegan al odio el aporte de sus magníficas fuerzas morales.

Aquel por tantos motivos grande entre los grandes intelectuales argentinos que se llamara Joaquín V. González, reflexionando hondamente sobre uno de los más graves defectos del alma nacional, señaló al odio como el genitor de muy inmensos males. "Hay que matar el odio, decía en su admirable disertación ante el cuadro de Alice El libertador San Martín en la playa de Boulange-sur-Mer, porque es la enfermedad congénita del pueblo argentino". Y esta apreciación del profundo pensador riojano atestigua que los más claros espíritus, los escritores más dignos de tan insigne título, hablan a sus pueblos en el idioma de la sabiduría, porque los guía un alto propósito desinteresado, una inmaculada identificación con el espíritu de la nacionalidad, espíritu que puede pasar por muchas fluctuaciones, soportar muchos dolores, ser pasto, también del odio

de las revoluciones, pero no ser eterno su eclipse sirviendo solamente al odio y al rencor.

México fue escenario de revoluciones muy largas y dolorosas. Frente a ellas, y sin adoptar actitudes indiferentes, sus más destacados intelectuales supieron ubicarse en el sitio que les correspondía, cuidando como el que más de preservar de la voragine el tesoro sagrado de las reservas espirituales de la Nación.

Entre esas figuras cumbres de su cultura ninguna, me parece, adquiere al través de los tiempos significación más alta, da lección más elocuente, reafirma mejor el contenido sagrado de la misión del escritor y es más fiel a su vocación, que la actitud ejemplar de Alfonso Reyes, el gran humanista de América.

A las puertas del cincuentenario de su fecunda labor intelectual, y cuando por doquier se preparan en su honor las celebraciones dignas y más justas, él ha podido decir en reciente recordación, estas palabras confirmadas por toda su vida de escritor: "De mi obra, yo quisiera que quedara por lo menos, un ejemplo de lealtad a la vocación. He vivido en una época muy agitada para el mundo, para México, y mi familia fue herida y afectada singularmente por esta agitación. Estoy contento de haber salvado mi vocación. Esta ha sido la norma moral de mi vida, y me ha curado muchos dolores y me ha evitado de vivir entre pasiones inútiles y destructoras. Yo creo que, para todos, la vocación tiene idénticos efectos, cuando se le es fiel".

Pero si bien esto es exacto, bien grande y ennobecedor ha sido su actitud cuando, para decirlo con sus propias y elocuentes palabras, no quiso servir a aquellas "pasiones inútiles y destructoras": "Quise poner el mar de por medio para servir a mi vocación y eludir la vendetta mexicana. Me negué a ser esclavo del odio".

¡Era la actitud límpida, plena de dignidad y de altivez que ofreció el gran escritor de México para ejemplo de los suyos y de todos los hombres de pluma de la América!

¿Cuántos como él pudieran decir lo mismo revistando nombres desde las márgenes del río Bravo a las del Plata?

“Me negué a ser esclavo del odio”, ¡frase magnífica por ser quien la creara sabiéndose que era el canto más bello a la verdad conque su fuerte espíritu se había rendido solamente a las luces sagradas de la inteligencia que gustan sólo cuando son puestas al servicio del amor!

Alfonso Reyes, el humanista de América que hoy ostenta el cetro de la más alta expresión de su cultura, ha podido enseñar estas grandes cosas y decirlas con el lenguaje más puro de la verdad.

Cuando se adentra en el conocimiento ilustrado de su vida y se lo sorprende en el incansable laboral de tantas páginas que proclaman la riqueza de su obra insigne, parécenos hallarnos en presencia de uno de aquellos luminosos maestros de la antigua Grecia cuyas lecciones admirables continuamos gustando y admirando y que Don Alfonso Reyes —quizá el cultor más autorizado de la civilización helena en toda América— nos vincula de nuevo a la vida ateniense, eterna y bella.

A las generaciones juveniles de América corresponde acercarse a la obra del insigne pensador de México, porque ella es fuente de imperecedera grandeza, es hontanar purísimo de lecciones ejemplares, es lección admirable de la más auténtica y clara sabiduría.

Llegar a la edad a la que él ha llegado, y poder decir, señalando su obra, que hay en él un ejemplo de lealtad a la vocación, es poder afirmar un algo muy grande para la vida del hombre en su peregrinar sobre la tierra.

El escritor de México nos ha podido dar así una lección de inmensas satisfacciones para el espíritu y nos ha señalado también con su conducta insobornable que nada hay tan superior a la dignidad del escritor identificada con el espíritu sagrado de la libertad.

Por eso lo reverenciamos con agrado y lo evocamos complacidos en unas horas como estas en la que vemos anunciado el amanecer de sus bodas de oro con las letras.

F. JURADO PADILLA.

La Voz del Interior,
Córdoba (Argentina).

Abril 15 de 1955.

TRAYECTORIA DE GOETHE

Por Alfonso Reyes. México. Fondo de Cultura Económica.
1954. N^o 100, Col. Breviarios.

Con este libro, donde se pueden seguir página tras página las direcciones del pensamiento de Goethe, logra Alfonso Reyes una de sus mejores producciones. Se han hecho muchas biografías del genio alemán, y es abundante la bibliografía que puede consultarse para conocer su vida y su obra, pero nunca se había enfocado tan magistralmente el estudio de esta complicada personalidad.

La biografía se realiza, por lo general, acumulando noticias, datos y fechas, rehaciendo así la figura que es objeto del estudio. Alfonso Reyes no hizo ésto, sino que fue más allá. Utilizó esos datos para dar un paso adelante y poder situarse en el plano que permitiera otear la trayectoria del pensamiento de Goethe. Por eso nos dice en la introducción: "Para estimar con justicia a Goethe no hay más remedio que ver acontecer a Goethe".

He aquí el punto de apoyo de este libro, visión maravillosa de una vida y una obra que se complementan, se iluminan mutuamente y se vuelven comprensibles por los profundos lazos que las unen.

Al acercarnos a Goethe guiados por la pluma maestra de Alfonso Reyes, estamos gustando dos platillos a la vez, pues junto al pensamiento, la vida y la obra de aquél, se van deslizando los juicios y las agudas observaciones del autor. "Goethe —nos dice— más que un iniciador es una composición armoniosa —después de él nunca superada— entre todos los intereses de la acción y la meditación". Y más adelante: "La verdad es que conviene acostumbrarse a entender a Goethe como un caso de simultaneidad prodigiosa: no de eclecticismo, no de yuxtaposición artificiosa, sino de viviente inte-

gridad".

Esta *Trayectoria de Goethe* nos permite ver la otra, la de Alfonso Reyes, que ha sido capaz de atrapar en estas páginas la grandeza del genio.

Alfonso RANGEL GUERRA.

Inter Folia, No. 19 de Abril de 1955.
Monterrey, N. L., México.